

LA CURVA DEL DUENDE

Jorge Accame

El hombre viajaba desde la ciudad de San Salvador hacia Libertador. Había tomado un camino desierto que atraviesa el largo bosque de eucaliptos. Su auto era viejo y la rueda de auxilio estaba pinchada. Pensó que tendría que hacerla arreglar sin falta en la ciudad y se estremeció.

El sol estaba ocultándose, pero todavía algunos rayos se filtraban entre los troncos. El hombre apretó levemente el acelerador. Empezaba a sentir un poco de miedo. Se dio cuenta de que en pocos quilómetros más estaría llegando a la cuesta y se acordó de tres conocidos suyos que se habían desbarrancado en una curva. Palpó el bolsillo de su camisa; sacó el paquete de cigarrillos y se le cayeron unos cuantos. Consiguió recuperar algunos del piso. Buscó en el asiento, entre sus piernas y encontró los restantes. Se metió uno en la boca, lo mordió y miró el bosque. Ya casi había oscurecido por completo: solo se veían charcos de luz brumosa al pie de los árboles. El motor del auto tartamudeó avisándole que empezaba a subir la cuesta. El hombre puso la tercera, después estiró la mano hacia el tablero y buscó el encendedor. Prendió el cigarrillo. Al guardar el encendedor le pareció notar algo distinto a su costado. Miró el tablero, estiró el cuello para relajarse, observó la palanca de cambios y sus ojos bajaron. Del asiento contiguo colgaban dos pies.

Al hombre se le pararon los pelos de la cabeza por el terror. Había dos pies gorditos y pequeños, que apenas rozaban la alfombra de goma y se balanceaban alternados hacia adelante y hacia atrás. Estaban calzados en ojotas de cuero y medias de lana. Unos pantalones de barragán cubrían las piernas.

Recordó otra vez a los amigos que se habían accidentado y prefirió no contemplar a su acompañante. Trató de mantener la calma, clavando la mirada al frente, atento a no desbarrancarse. Ni él ni el duende dijeron nada. Pasaron la curva a mediana velocidad, sin contratiempos.

///

///



Al cabo de trecientos o cuatrocientos metros, el hombre echó una ojeada al asiento de al lado, como un rápido pellizco, y le pareció ver que los pies ya no estaban allí. Volvió la mirada y comprobó que no había nadie. Decidió estacionarse en la banquina para reponerse del susto. Los frenos chirriaron. El hombre quedó por unos instantes apoyado en el volante, jadeando. Luego prendió la luz interior; se dio vuelta, revisó el asiento de atrás. Otra vez el de adelante. Nada. Solo encontró al costado uno de los cigarrillos que se le habían caído antes. Estaba aplastado, como si alguien se hubiera sentado encima.

© Jorge Accame
Ilustraciones: Mónica Pironio

Jorge Accame es un escritor y dramaturgo argentino, reconocido tanto por sus obras de teatro como por sus cuentos y novelas para niños y jóvenes. Entre sus muchas obras: *Venecia, ¿Quién pidió un vaso de agua?*, *Ángeles y diablos*, y *Los meteoritos odiaban a los dinosaurios*.